

RESEÑA DE LIBROS Y/O COMENTARIOS

Comentario a la película: *La hija oscura*¹

Aurora Romano Mussali²

La película pone en escena, la dinámica que se entretije entre una mujer mayor y una mujer joven, ambas madres en distintos tiempos del ciclo vital, nos invita a repensar y cuestionarnos la ambivalencia materna y los complicados claro oscuros emocionales por los que transitan las madres frente a la crianza de sus hijos. Lo cual sabemos pone a prueba el psiquismo y lo lanza a tocar sus bordes y limitaciones, al re-escenificarse aquello que se vivió en la infancia, que instauró los recursos psíquicos que las madres tienen o no, para lidiar con la demanda de cuidar de sus infantes que dependen de ellas para su bienestar. Las mujeres sienten culpa, ambivalencia, inseguridad, rechazo, miedo, enojo y demás afectos, más allá de solo el amor incondicional y la ternura por sus infantes. Sin embargo, la gran mayoría de las mujeres guardan silencio al no encontrar una escucha sin juicio a su malestar; más aun, cuando como sociedad mantenemos sin cuestionar un aura de perfección idealizada alrededor del maternaje; que da por sentado que todas las mujeres están capacitadas tan solo por ser mujeres, para ser madres y si no, son malas mujeres.

Leda el personaje principal de la película, al inicio aparece en escena como una mujer autónoma, intelectual, desenvuelta y libre, que llega a descansar a un apartamento en la playa donde encuentra un plátano de fruta que en apariencia se ve apetitoso, pero que al tomarlo está podrido por dentro. Encuentra también una cigarra que ha manchado su almohada y de la que se tiene que deshacer. Al comprender la trama de la película

1 Basada en la novela del mismo nombre de Elena Ferrante (seudónimo); película realizada bajo la dirección y el guión de Maggie Gyllenhad estrenada en el año 2021. Comentario presentado en el conversatorio organizado por COWAP Latinoamérica sobre la película *La Hija Oscura* el 4 de febrero 2022.

2 Psicoanalista titular Asociación Psicoanalítica Mexicana, Miembro del Comité de Mujeres y Psicoanálisis de la Asociación Psicoanalítica Internacional (COWAP) para Latinoamérica de 2018 a la fecha.

me parece que lo anterior, simboliza esa imperfección de la vida, que no solo el maternaje pone en manifiesto, pero que si lo hace más evidente. En virtud de que al cuidar de un otro, que depende de “nosotras”, de favorecer su bienestar, resulta indispensable lidiar con lo inesperado, lo incómodo, lo incontrolable que irremediamente nos saca de la perfección ilusoria de una vida ideal.

En la playa, Leda observa a *Nina* interactuando con su hija Elena, que a la vez juega amorosamente con su muñeca, rodeada de su ruidosa y cuantiosa familia, lo que la lleva a contactarse con su pasado, con su ser madre de sus dos hijas cuando eran pequeñas: Bianca y Marta, a las que en algún punto de la película entendemos abandonó por tres años, cuando se sentía completamente rebasada y frustrada siendo mamá y sucumbiendo como mujer.

Emilce Dio Bleichmar plantea que el superyó se modifica cuando una mujer se convierte en madre, ya que frente a las demandas de la crianza y del ideal del yo y los deseos del ello, el superyó tiende a rigidizarse por el temor de no lograr cumplir con tan importante y demandante tarea. Frecuentemente las madres se sienten culpables, frustradas, ineficientes y malas madres. Desde ahí, que podemos pensar en una primera hipótesis que Leda, al abandonar a sus hijas, las estaba protegiendo de su propia destructividad, al sentirse rebasada, frustrada y que no estaba logrando ser una madre adecuada para ellas.

Leda en la playa observa a *Nina* con su hija, tal vez con algo de admiración por esa calidez y complicidad que ve entre ambas, lo que la remite a contactarse con aquello que no tuvo con su propia madre y tampoco siente que logró vivir con sus dos hijas. Tal vez siente culpa por haber abandonado a sus hijas y sentirse mala madre; tal vez siente envidia de lo que una joven *Nina* tiene adelante como porvenir. Y a lo mejor, también se siente identificada con *Nina* al verla abrumada, saturada, cuidando de su hija sola, con un marido que solo la visita algunos días de la semana y que la trata como si fuera de su propiedad. Inmersa en una familia política que le parece burda y vulgar, y tal vez Leda también siente deseos de rescatarla.

A Leda le piden que si podría cambiarse de lugar en la playa, que coopere para que la familia pueda estar junta; ella se opone, mujer autónoma, libre y segura, que ahora pasa a ser odiosa, resentida y amargada, tal vez es su manera de manifestar su descontento. ¿Qué será? ¿Envidia de tribu? ¿Enojo con la tribu? Por un lado, el deseo de tener ese clan que apoya y acompaña en la crianza, pero por otro lado que demanda e impone a la mujer el ser

madre perfecta a toda costa, como lo vemos representado en Rosaria la madre añosa embarazada. Leda al irse de la playa se cuestiona su reacción, no comprende que le pasó, ¿Fue altiva?, ¿Forcluyó a la mujer bella?, ¿Trató de dar lecciones de civismo? ¿Narcisismo?, ¿Sentimientos de superioridad de una profesora americana de Cambridge, frente a una familia extensa italiana?

Al llegar al apartamento, descubre la herida en su espalda -causada por el desprendimiento de un pino que le cae de un árbol- lo que me parece es una metáfora de su dolor, de la herida psíquica que le pone en manifiesto el encuentro con esta familia y estas mujeres que le reviven su maternidad. En otro momento Rosaria en son de paz se reconcilia con ella y le pone pomada a su herida, “...*algo que hacen las buenas madres...*”.

Leda recuerda que su hija le reconoce en algún momento de su infancia, que ella es buena en pelar las naranjas como serpiente, sin que se rompa la cáscara. Este recuerdo parece tener mucho peso para ella; nos hace pensar que tal vez Leda al crecer sin la mirada de reconocimiento y validación de su madre, se queda condenada a buscarla en el afuera; la busca sin éxito en sus propias hijas. De ahí, también su frustración materna ya que resulta generacionalmente imposible que los hijos pequeños validen a los padres, son los hijos los que requieren de mirada y validación de sus cuidadores primarios. Tal vez otra razón más por la que Leda abandona sus hijas, además de prevenirlas y ponerlas a salvo de su propia destructividad, es que va en busca de ser validada como mujer, en su vida académica y sensual/amorosa. En busca del goce sexual, del erotismo, de los que habla Mariam Alizade en su libro *La sensualidad femenina*; algo que no obtenía de su marido, ni de la crianza. Necesitaba sentirse viva, saberse, vibrar, salir de su estado depresivo. También cabe mencionar que en algunas culturas, existe la tradición de señalar que cuando alguien logra pelar una fruta sin que se rompa la cáscara, esa persona ya se puede casar. Tal vez eso está representado de alguna manera en la película, como si ella tratara de responder la incógnita de ¿por qué si le es posible pelar la fruta de una en una? ¿No le fue posible lidiar con la misma facilidad la crianza de sus hijas y la vida de casada? Tal vez poniendo en evidencia lo poco que se reflexiona socialmente sobre lo que significa realmente la crianza de los hijos, y la vida en pareja.

Por otra parte, es importante mencionar que Leda no fue víctima de acoso sexual por parte de su antiguo profesor, él claramente busca su consentimiento, al decirle en las escaleras del hotel “se que estás casada,

por lo que si deseas estar conmigo, tu tendrías que dar el primer paso”, a lo cual, ya sin importar quién los vea se entrega a la experiencia sexual que anhelaba, Es la clásica historia de una joven universitaria con un profesor mayor, se trata de un complejo de Edipo que no logró ser sepultado al final de la adolescencia. Lo que nos lleva a cuestionarnos, cuál era la relación con su padre de lo cual no sabemos nada, pero podemos inferir que era una padre ausente.

Continuando con la trama de la película, se pierde la pequeña Elena en la playa, lo que pone en manifiesto el peor miedo de cualquier madre y padre, el terror de no encontrar a sus hijos, perderlos, descuidarlos y que algo les suceda. Es Leda la que busca y encuentra a la niña, contactando con el terror que sentía Nina, al acordarse de que ella misma había pasado por eso, cuando sus hijas eran pequeñas y se pierde Bianca. Leda encuentra a Elena y la devuelve a su familia; mencionando que al no ser tan cercana a la niña logró tener la mente más serena. Sin embargo no fue así, cuando encuentra a la muñeca -que de manera absurda decide quedársela- sin entender muy bien el por qué lo hace. Tal vez al verla sucia, desaliñada y llena de agua de mar, surge en ella el deseo de limpiarla, arreglarla y después devolverla. Lo que le daría la oportunidad de sentirse “buena madre”. O tal vez, se siente envidiosa del vínculo entre Nina y Elena y se queda con la muñeca que representa ese espacio intermedio construido entre madre e hija, que ella no tuvo. Ahora ella poseía eso que le faltaba en lo psíquico -de manera concreta en la muñeca- como el infante que le quita al otro su juguete porque lo quiere y no tolera que el otro lo tenga; mecanismo clásico de la envidia, destruir lo que el otro posee. Así Leda al parecer se regresiona a ser esa niña necesitada y envidiosa. Sin embargo, vemos de manera irónica que la muñeca escupe -como recordándonos al igual que con la fruta y la cigarra- que la perfección no existe, que la maternidad obliga a lidiar con aquello inesperado que desajusta el idilio que suele establecerse de manera ilusoria entre madre y bebé; y que tanto frustra al confrontarse con la realidad.

Por otro lado, robar la muñeca y sostener la intriga al no devolverla me parece resulta sádico y perverso; se desconecta del dolor que provoca en Elena al desaparecerle a su muñeca, como se escindió de ese afecto al abandonar ella a sus hijas. Y así pone a prueba a Nina en su maternaje con Elena, rompiendo la armonía entre ellas; ahora Nina está aun más sobrecargada y rebasada. Leda tal vez logra su cometido, sentir que ella no es la única mala madre rebasada que abandonó a sus hijas, disfruta de verla abrumada, mientras ella cuida y abriga a la muñeca. Ahora es ella la

buena madre y Nina la mala. De alguna manera Leda provoca a Nina, ahora Nina como ella en otro tiempo, busca un escape que le permita rescatarse como mujer, en el encuentro con Gill, un estudiante, de verano en Grecia, que cabe señalar revivió su erotismo y sensualidad, cuando Leda cena con él previamente a la escena posterior al encuentro entre Gill y Nina. La situación cambió, ahora se re-escenifica lo vivido, ella es ahora la profesora mayor y Gill el joven estudiante, como ella lo fue en otro tiempo.

Nina ve en Leda esa mujer que le gustaría ser y Leda ve en Nina esa maternidad que le hubiera gustado tener; sin embargo, cuando Nina se entera de que Leda robó la muñeca, le resulta intramitable conciliar a la mujer autosuficiente, autónoma y segura que admiró, con esta madre desalmada que roba la muñeca y que abandonó a sus hijas. Pasa de ser admirada, a ser amenazante. Al igual que resulta para Leda, y para la gran mayoría de las mujeres, conciliar sus deseos sexuales de mujer, con los de ser madre, sin sentirse culpables, integrar sus deseos amorosos con los destructivos, frente a sus hijos.

Al igual nosotros, como sociedad preferimos silenciar la destructividad del maternaje, que hacer frente al esfuerzo que nos demanda escuchar y aceptar que las mujeres, no son por el simple hecho de ser mujeres, son capaces de ser madres. Y que no hay buenas madres y malas madres, sino que la frustración, la propia historia de vida y las dificultades en la crianza son la constante. El final de la película, me parece representa lo anterior, ya que con el alfiler Nina aniquila a la madre mala que le amenazaba ver representada en Leda y le era intolerable ver en ella misma. Vemos que es *al borde de la muerte*, que Leda se reconcilia con sus hijas y con su ser madre; esa madre que si sabe ser buena madre y que pela la naranja con una gran habilidad.

La película nos recuerda, lo poco que estamos dispuestos como sociedad a permitirles a las madres tener voz y expresar sus frustraciones, desprecio, miedos y desencantos sin juzgarlas; el prejuicio que existe de pensar, como ya mencioné que una mujer tan solo por serlo, ya está capacitada para ser madre. Socialmente preferimos aniquilar el pensamiento que nos contacta con la parte oscura del maternaje, imposibilitando que se hable y se escuchen las narrativas de las mujeres que sufren en silencio. Esa parte oscura de la maternidad, que es la del odio a los hijos e hijas, que es la principal trama de la película. Por lo que es tan importante poder darle voz a estos afectos y así prevenir que se instaure en los hijos la destructividad silenciada. Al poder hablar, sin sentirse culpables, es factible que las madres, se sientan

más vitales; algo que es de suma importancia para la salud emocional de los infantes. En la película queda claro que Leda transitaba con sus hijas una maternidad desvitalizada, y que en un periodo de su vida, odiaba su condición de madre.

Para finalizar, vale la pena reflexionar sobre la pandemia, por la que seguimos transitando, las madres con hijos en casa han estado tan saturadas, rebasadas, lidiando con esta sobre carga solas, que hoy tenemos muchas Ledas en pandemia. Como una paciente que me confesó que soñaba con que le diera COVID y la hospitalizaran, y así poder darse una escapada de su situación de encierro en pandemia y descansar al recibir cuidados aunque sea en el hospital enferma. Tal vez cuando acabe esta pandemia, venga otra de madres rebasadas, deprimidas, deseosas de salir corriendo, en busca de no sucumbir, de reinventarse y de poder transformar su proyecto de vida.

Comentario al libro “*Vertientes psicoanalíticas*” de Raquel Tawil¹
Roberto Vargas Arreola

En el prefacio Raquel Tawil escribe: “Decidí editar este libro como testimonio de mi amor por el psicoanálisis”. Con esta nota, me hacía recordar la frase célebre de Julia Kristeva: “Ser psicoanalista es saber que todas las historias terminan hablando de amor”. Raquel es una mujer apasionada y amante del psicoanálisis y lo plasma en su libro “*Vertientes psicoanalíticas*”, que también puede ser leído como “Vertientes del inconsciente”, “Vertientes de la cultura” o “Vertientes del deseo”. Un libro que aborda reflexiones sobre una trayectoria psicoanalítica prolífica o sobre la vida de una mujer psicoanalista dentro de una ruta de saber y un itinerario de pasiones. Una mujer que se deja leer entre sus páginas, que plasma su trabajo clínico y su interés por el psicoanálisis aplicado a la cultura, a los estudios de género y al análisis sociocultural. Una mujer dedicada, con un alto sentido de responsabilidad en la escucha del otro, puntual y organizada en el desarrollo de sus ideas y con una estructura de trabajo impecable. Una mujer entregada a la difusión del psicoanálisis, cuyos trabajos se han presentado en Congresos Nacionales e internacionales como en Tuxtla Gutiérrez, Chiapas; San Miguel de Allende, Guanajuato; Lima, Perú; Río

1 Leído en el Congreso internacional “La torre de Babel en el Psicoanálisis: comunidad y diálogo”, Universidad Intercontinental, el 28 de octubre de 2022.

de Janeiro, Brasil; República Checa, entre otros. Una mujer amorosa, lo cual se refleja en la dedicatoria de uno de sus escritos: “A ti papá que, con tu integridad, sabiduría y nobleza, me enseñaste el camino”. Un camino que ha forjado desde una vertiente psicoanalítica, porque su deseo está sostenido en su vocación.

Raquel está interesada en dar lugar a las historias que viven muchas mujeres. Para hablar de la condición vulnerable que está presente, se expresa de la siguiente manera: “Esta paciente podría ser llamada Elena, Marta, Concha, porque su historia ejemplifica la vida de muchas mujeres pertenecientes a una sociedad donde prevalece una ideología sobre la preponderancia de lo masculino”. Es cierto, la sensibilidad de una mujer psicoanalista la lleva a trazar una ruta cultural sobre el desarrollo de las mujeres y los hombres. Su escucha clínica la acompaña y se plantea inquietudes que ella misma busca responder.

La perspectiva de género en el psicoanálisis es una deuda pendiente con muchas mujeres y hombres que construyen su identidad sexo genérica enmarcados por las lógicas binarias o cuestionando los preceptos del binarismo, la mayor de la parte veces rígidos, por lo que muchas veces tienen que construirse por ellos mismos un lugar y defender su identidad desde el exilio. Pero aún con la conformación de la identidad femenina y masculina tradicional, Raquel nos abre el horizonte para poder pensar los procesos inconscientes involucrados y con ello, la deconstrucción de los mandatos de género, tan opresivos en nuestras sociedades actuales.

También es sensible sobre la importancia de la familia en el psicoanálisis y las historias trascendentes en términos del desarrollo del psiquismo y el estilo de vinculación. Nos dice: “Nuestros padres contribuyeron a moldear nuestro psiquismo, estamparon un sello en nuestras futuras relaciones y marcaron un camino en nuestras vidas”. Ella conoce la influencia que tienen las identificaciones y, desde ese lugar, continúa un legado en términos de creación, entrega y conquista. En alusión a Massimo Recalcati en el Complejo de Telémaco, la herencia no se recibe de una forma pasiva, sino que representa una verdadera conquista.

En el capítulo “El psicoanalista del siglo XXI” Raquel nos dice: “El psicoanálisis no vive en una torre de marfil aislada de los avatares de la civilización”. Su perspectiva coincide con “La torre de Babel en el Psicoanálisis”. Las diferentes perspectivas teóricas y clínicas que son personificadas por los psicoanalistas, en sus formas de pensar, de vivir y de amar, nos conducen al diálogo y al respeto de nuestras diferencias.

Esas diferencias que nos hacen humanos. Nos dice: “La pluralidad actual de corrientes psicoanalíticas, más que ser un elemento sospechoso de desviaciones en la base de nuestra disciplina, representa un florecimiento de la misma que da respuesta a la dimensión humana influida por las circunstancias sociales de cada región y cada ideología”. Su mirada representa el avance de nuestra disciplina, la apertura a nuevos encuentros y a nuevos significados.

Su responsabilidad social está impregnada en cada página, la escucha clínica no es su único quehacer. En este texto refiere: “Es momento de salir de nuestros consultorios. Cada vez es mayor la necesidad de conocer y compartir el mundo externo que matiza las subjetividades de nuestros pacientes. Darnos más a notar, que nuestra voz se escuche. Dirigirnos a diferentes grupos poblacionales: en las universidades con los jóvenes. Con la población adulta, que en los diferentes medios laborales se hable del beneficio de ingresar a un tratamiento psicoanalítico. En las escuelas con padres de familia, en instituciones sociales. Es necesario participar activamente en la investigación social, en problemas sociales comunitarios, que nuestra voz se escuche en medios políticos, económicos y sociales”.

En ese punto, también nos introduce en los horrores del Holocausto y los difíciles accesos para comprender el trauma. Retoma a Elie Wiesel, sobreviviente del Holocausto, escritor de renombre mundial y defensor de los derechos humanos quien dice: “Nunca podremos penetrar al hechizado y maldito universo del sobreviviente”. El Holocausto es para Raquel el asesinato del alma, en alusión a la metáfora de *Niederland*. Los sobrevivientes son esos niños mudos (Apfel, 1998), que a veces lloraban sin saber por qué. Nos dice: “Fue un golpe tan duro para la humanidad que llevó a Adorno a preguntarse si después de Auschwitz podría haber más poesía. Al mismo tiempo, sus dramáticos efectos los consigue explicar a partir del agotamiento del deseo. Leo Eitinger, psiquiatra, escritor y educador noruego, también sobreviviente del Holocausto, postuló el síndrome del sobreviviente caracterizado por un entumecimiento a lo largo de la vida. El holocausto fue la ruptura de la civilización occidental.

Su mirada clínica la lleva a formular hipótesis como “la pasión de muerte”, un acercamiento a los vínculos de pareja donde el enamoramiento no siempre es libido, sino también puede establecerse desde un orden narcisista y generar relaciones tanáticas. Así nos explica que existen pasiones de vida y pasiones de muerte. Éstas últimas son pasiones que tienen un matiz destructivo. A diferencia de las pasiones de vida, nunca

alcanzan el estado calmo y libertario del amor, sino que muestran su matiz abrupto y destructivo, incluso hasta llegar a la muerte.

En sus recorridos teóricos cita a Ortega Gasset, a Roland Barthes, a Octavio Paz, a Franz Kafka, los diálogos interdisciplinarios son muestra del trabajo artesanal de escritura. Del psicoanálisis aplicado estudia la posmodernidad, Auschwitz, el terrorismo, los ataques al *World Trade Center*, el fundamentalismo islámico, entre otros. Desde su experiencia clínica, estudia el papel de la mujer en la sociedad contemporánea, el divorcio, el rol del padre, la construcción de la masculinidad, el deseo del hombre, el dolor, el temor a la mujer, entre otros. Su escritura incansable la conduce a la redención de ser una psicoanalista que no solo ha recibido una formación impecable, sino que ha transformado su formación en una vocación por escuchar y por amar. Ese amor que está presente en las páginas de su libro, un amor por el saber y por el conocimiento de sí misma y de los otros, para hacer un mundo mejor, donde las explicaciones no solo sean racionales, sino fundamentalmente afectivas. Desde mi punto de vista, eso encontrarán en este libro: “Un libro teñido por la pulsión de vida, impreso por el afecto en cada página, con puntos suspensivos para ser dialogado, con puentes para recibir a la otredad”.

Muchas gracias Raquel.

Palabras en la presentación del Libro de Raquel Tawil Klein titulado: *Vertientes psicoanalíticas*, de la Asociación Psicoanalítica Mexicana.
Juan Vives Rocabert¹

Antes que nada deseo agradecerle a Raquel Tawil, su gentil invitación para la presentación de su más reciente libro: *Vertientes psicoanalíticas*. Como su autora nos lo advierte desde la introducción, se trata de una colección de trabajos repartidos en el curso de veinticinco años de práctica psicoanalítica. En estricto sentido, estamos en presencia de una suerte de autobiografía intelectual de la autora, texto que da cuenta de su crecimiento

¹ Leídas en la Universidad Intercontinental de la Ciudad de México, el 28 de octubre de 2022, dentro del Congreso internacional “La torre de Babel en el Psicoanálisis: comunidad y diálogo”.

como profesionalista y de su madurez progresiva como psicoanalista a lo largo de su práctica profesional. Gracias a esto, podemos darnos cuenta de los diversos derroteros que ha emprendido su pensamiento, siempre dinámico y haciéndose preguntas, a veces, inquietantes, sobre algunas de las cuestiones más arduas de nuestra disciplina: las nuevas patologías a las que nos enfrenta esta época de posmodernidad, el enigma siempre presente de las psicosis y las particularidades de sus mecanismos defensivos entre los cuales la autora resalta la importancia de la negación y la escisión, los problemas en torno de la simbolización y la falla básica, así como el estudio de las llamadas psicomasos, para desembocar finalmente hasta los territorios de lo indecible e irrepresentable.

Es así como Raquel Tawil nos lleva de la mano para entender a Estoica y la patología *borderline* y la eclosión de la psicosis derivada de la imposibilidad de admitir una pérdida objetal dada la incompletud del proceso de separación-individuación. Nos invita a adentrarnos en la dispareunia de una joven con una feminidad de tipo viril que no pudo integrar las vertientes de la ternura y sensualidad de la pulsión sexual; y a la tragedia de Ariana cuya historia de probable abuso sexual infantil a manos de un padre alcoholizado, determinará un destino matrimonial de grave agresión marital y brutal sometimiento masoquista al esposo. De la misma manera, nos ofrece tres ejemplos de mujeres -Concha, Ariana y Aurora- en las que nos ejemplifica la importancia de la figura paterna en la sana conformación de la personalidad.

Más adelante, al examinar nuestra actual cultura de la posmodernidad y las nuevas expresiones psicopatológicas que vemos en nuestros días, nos confronta con cuadros clínicos que han promovido la necesidad de teorías adecuadas, distintas de la llamada "ortodoxia" psicoanalítica, y que han surgido para poder dar cuenta de los retos a los que nos enfrentamos con esta nueva diversidad de pacientes. Esto constituye un auténtico reto para el psicoanálisis y su necesidad de renovación y adaptación a las circunstancias actuales conservando, empero, las premisas básicas sobre la vida inconsciente, la importancia de la sexualidad y la fantasía, y la dinámica de la represión y la transferencia.

La lectura del historial de Hana, hija de sobrevivientes del holocausto es, simplemente, estremecedora y la sensibilidad de la autora nos comunica, con tacto y amor, el infierno que se transmite transgeneracionalmente de psiquismo a psiquismo, tanto consciente como inconscientemente, tanto derivado de las verbalizaciones de los padres como del silencio que, como

conspiración, se abate sobre estos destinos trágicos.

Como un respiro, Raquel Tawil nos invita a reflexionar sobre los fenómenos de la pasión, el enamoramiento y el amor, y la participación de los instintos de vida y de muerte en cada uno de ellos. Como lo exigía el tema, la palabra principal la tienen los poetas, por lo que Raquel nos recuerda algunos poemas de Amado Nervo, Ana Rosseti, Xavier Villaurrutia, Elías Nandino, Pablo Neruda, alguno de los sonetos del inmortal Shakespeare y, ¡por qué no!, un fragmento de la creatividad lírica de la propia autora.

A continuación, aborda el tema de los lenguajes del cuerpo desde la antigüedad clásica hasta nuestros días en los que el cuerpo ha sido sometido a cirugías estéticas de todo tipo -en un intento imposible de encontrar la Fuente de la Eterna Juventud, pero también como un deseo (también imposible desde este método) de encontrar el *self* verdadero. Entendiendo que el cuerpo es el origen y sustentáculo del Yo, no deja de ser indispensable acceder a la comprensión de ciertos fenómenos contemporáneos como el *piercing*, las incisiones y sajaduras que son como una marca de la desesperación en los intentos por encontrar los límites del Yo y para poder conectarse con el propio mundo de los afectos, la necesidad de escribir sobre el cuerpo en el *Body Art* así como en la creciente popularidad del tatuaje, escrituración de la piel como mensaje y comunicación con el otro. Consideración aparte merecen las actuales cirugías para el cambio de sexo, los problemas de la fertilización asistida, la moderna ingeniería genética y el espantajo no tan lejano de la clonación humana.

A propósito de los atentados de las Torres Gemelas de Nueva York y del Metro madrileño, Tawil aborda la relación del terrorismo con la condición masculina desde los conceptos del desarrollo del niño que deberá desidentificarse de su primer objeto -la madre- con el fin de acceder a la masculinidad, siempre en riesgo de una regresión a la fusión con la madre. El examen de la autora se centra primordialmente en el terrorismo islámico, la *jihad* o “guerra santa” y la educación del futuro terrorista en la pretensión de una unión pre-édipica con el padre -Alá-, quien le colmará de bendiciones, en una dinámica regresiva hasta el desarrollo de fantasías cercanas a lo que es el narcisismo primario y la fusión con el todo.

Por su parte, la dinámica del doloroso proceso de divorcio de una pareja con los consecutivos procesos de desidealización, la ruptura de las ilusiones de completud en el otro, el retorno de una ambivalencia con predominio de los impulsos agresivos que devienen de difícil manejo, es una problemática abordada por Raquel Tawil quien se pregunta ¿cuál es el destino de las

relaciones de pareja en la llamada *Cultura del narcisismo*?, ¿qué destino le espera a la institución del matrimonio en un mundo de “sexo frío”, de relaciones efímeras, *liquidadas*? La autora se pregunta si una humanidad narcisista y centrada en la satisfacción inmediata y sin demora, podrá conservar la institución matrimonial como parte de su cultura.

La autora dedica un capítulo a la importancia de la figura del padre, figura central en la teoría freudiana, luego desplazado por los estudios sobre la díada materno-infantil, y luego retomado en su dimensión como parte indispensable para un desarrollo más o menos armónico. De esta suerte, la autora nos muestra su importancia tanto en la constitución de la masculinidad en un niño, que debe hacer el tránsito desde la identificación con la madre hasta su viraje hacia el padre y ser en palabras de Tawil, un no-mujer. Como en su significación en los procesos de separación-individuación en los que el padre posibilita que el hijo pueda superar la simbiosis con la madre, establecer claras fronteras entre el Yo y el no-Yo y devenir independiente; y, finalmente, también se refiere a la importancia de la figura paterna en los procesos de triangulación -de tercerización- y, por tanto, en el establecimiento de la función de simbolización.

Al presentarnos a Daniel, un chico homosexual con diversas formas perversas de conducta, frecuentemente peligrosas y de alto riesgo, Raquel Tawil nos introduce en el mundo de la relación transfero-contratransferencial y el entendimiento del *enactment* como fuerza dinámica que puede ser defensiva pero también comunicacional. Los avatares y el análisis de la contratransferencia ejemplifican las dificultades y los enredados callejones de este tipo de tratamientos.

Siguiendo con el tema y abundando sobre el caso clínico de su capítulo anterior, la autora nos introduce ahora en el laberinto de la construcción de la masculinidad. Es interesante cómo la doctora Tawil citando a Nancy Chodorow nos advierte que para poder acceder a la masculinidad, el sujeto debe renunciar a ser mujer, a ser bebé y a ser homosexual -una forma discutible, dado su carácter eminentemente negativo, para llegar a considerarse hombre-, situación que ejemplifica con la viñeta de dos nuevos casos clínicos en los que se enfatiza la importancia de los procesos de des-identificación con la madre. De ahí que con frecuencia se advierta una suerte de temor filogénico hacia la figura de la mujer, de las Diosas-Madre: el temor al engolfamiento regresivo a manos de la mujer, lo que es vivido como una amenazante espada de Damocles que pende sobre la identidad del varón. Pero además, la construcción de la masculinidad, desde

la perspectiva de género, implica que conforme cambian los tiempos, de la misma manera cambian las características y exigencias socio-culturales para llegar a ser hombre.

“El odio es más viejo que el amor” decía Freud, refiriéndose a que la huella mnémica de la necesidad -es decir de una tensión displacentera creciente, de la experiencia del dolor- que es previa a la huella de la satisfacción, es decir, del placer. Desde los primeros estadios del desarrollo del ser humano, el dolor tendrá vía preferente dado su valor para la supervivencia del individuo y, por tanto, también de la especie. Cuando el dolor se instala en diversos órganos o sistemas del cuerpo a través de las llamadas enfermedades psicosomáticas, parecería haberse independizado de su papel de advertencia y se constituye en síntoma, en marca corporal. En este tipo de padecimientos -a los que Freud ya había aludido con el nombre de “neurosis actuales” -no hay representación psíquica del conflicto. De la misma forma que en la Neurosis de angustia o la Neurastenia, el conflicto se deriva al cuerpo, que es en el que se manifiestan problemáticas que no pudieron ser tramitadas a nivel mental. Para incursionar en tan difíciles temáticas, Raquel Tawil recurre a la noción de una tercera tópica del aparato psíquico. Apoyándose en Dejours, Laplanche, Rousillon y Zuckerfeld, la autora nos ofrece un marco para tratar de entender aquello que no ha podido acceder a la representación psíquica: se trata de lo irrepresentable. Las teorizaciones de Pierre Marty fueron la apoyatura para las conclusiones de la autora en relación a aquellas problemáticas que no pudieron tener acceso a la simbolización.

El tema de lo irrepresentable y de la tercera tópica ha sido de gran interés para la autora; de ahí que nos ofrezca nuevas oportunidades a través del abordaje del tema de las nuevas patologías de la posmodernidad, o en los casos de violencia de género, para entender un tema particularmente controvertido dentro de las diversas corrientes de la teoría psicoanalítica.

Finalmente, la autora nos ofrece un pequeño ensayo sobre la soledad, ese sentimiento que nos acompaña siempre y que emerge muy temprano desde el momento en que nos damos cuenta de que somos un ser independiente y aparte de la madre con la que estábamos simbiotizados y fundidos. La separación y la individuación son logros fundamentales del desarrollo humano y conllevan la constatación de que estamos solos en el Universo. A partir de entonces -y parodiando al andrógino de Platón- intentamos paliar el dolor de la soledad a través de la relación con el prójimo. Pero hay que tomar conciencia de que paliar no implica resolver o que desaparezca esa

primera adquisición sobre la vivencia de la soledad, que es seguida poco tiempo después de la advertencia sobre la muerte, al entender que somos “seres para la muerte”. Andando el tiempo, nos damos cuenta que la soledad puede ser un problema existencial, pero también obedece al desarrollo de una capacidad para estar solos con nosotros mismos.

Como podemos ver, el libro *Vertientes psicoanalíticas* de Raquel Klein nos ofrece un variado mosaico de temáticas en torno de nuestra disciplina, temas abordados desde el rigor de una profesional responsable y madura, en la que han decantado las teorías de las que parte, pero tamizadas ya por su propia experiencia y práctica clínica. Aunque no hemos podido hacer justicia a todos los aspectos tocados por la autora, muchos de ellos polémicos, incluso controvertidos, que hubiesen ameritado de un sosegado y amplio comentario cada uno de ellos, tenemos que admitir que el tiempo ha sabido decantar en Raquel aquellos conocimientos de los que partió para transformarlos en sabiduría. De ahí que nos resulte tan atractiva la lectura de *Vertientes psicoanalíticas*, por lo que podemos considerarnos afortunados de que Raquel Tawil nos haya regalado este fruto de su ya dilatada práctica profesional.

Sólo nos resta felicitar a la autora y quedar a la espera de nuevas aportaciones y nuevos libros en los que nos siga ofreciendo el decantado de sus experiencias. ¡Felicidades!

Preciado, P. B. (2020). *Yo soy el monstruo que os habla. Informe para una academia de psicoanalistas*. Barcelona: Anagrama, segunda edición julio 2021, 105 páginas

Teresa Lartigue

Se trata del quinto libro publicado por Paul B. Preciado¹ -filósofo español y discípulo de Jaques Derrida- en el cual transcribe el discurso que pronunció en diciembre del 2019², ante tres mil quinientos psicoanalistas en las Jornadas de la Escuela de la Causa Freudiana en París. Libro dedicado a Judith Butler, del cual presento una breve síntesis con el fin de invitar a las personas interesadas en el tema a dialogar sobre sus propuestas y

1 Preciado 2000, 2008, 2010, 2019.

2 Cuando contaba con 49 años de edad.

cuestionamientos³. El libro a mi parecer, se compone de dos secciones: la primera está referida a su historia personal y la segunda se divide en tres puntos.

Historia personal

Preciado se refiere a sí mismo “como cuerpo trans, como cuerpo de género no binario, al que ni la medicina ni la ley, ni el psicoanálisis reconocen el derecho a la palabra, ni la posibilidad de producir discurso o una forma de conocimiento sobre sí mismo” (p.19) Aprendió, sin embargo, el lenguaje de Freud y de Lacan para dialogar con psicoanalistas. En sus palabras: “Hablo hoy desde la jaula escogida y rediseñada del hombre trans, o para ser más exactos, de cuerpo vivo de género no binario, una jaula política que es en todo caso una mejor que la de los hombres y las de las mujeres porque al menos reconoce su estatuto de jaula” (p. 21). Relata: “hace ya más de cuatro años que abandoné la condición legal y política de mujer ... tiempo cronológico que parece corto cuando se vive instalado en el confort ensordecedor de la identidad normativa ... largo cuando todo lo que ha sido aprendido en la infancia debe ser desaprendido.....” ((*ibid*). Cuatro años de la vida adulta de un trans cobran entonces la cualidad que tienen para el bebé los primeros meses de vida.

Acerca de su transición, expone “la línea directriz por la cual alguien que vivió como mujer hasta los 38 años de edad, empezó primero por definirse como persona de género no binario y se incorporó después al mundo de los hombres sin instalarse completamente en él – porque para ser reconocido de verdad como un hombre yo debería callarme y fundirme en el magma naturalizado de la masculinidad, sin revelar nunca ni mi historia disidente ni mi pasado político” (p.22). Preciado desde el 16 de noviembre de 2016 dispone de un pasaporte con nombre y sexo masculino, por lo que “ya no existe obstáculo administrativo alguno que impida ni mi libertad de movimientos ni mi toma de la palabra... me fue asignado el género femenino cuando nací, en una ciudad católica (Burgos) de una España todavía franquista” (p.23). Destaca el hecho de que “las niñas no podían hacer la mayoría de las cosas de las que los niños disfrutaban ... Estaba atrapado” (*ibid*).

3 Recomiendo también leer a Missé (2018).

Se pregunta “¿Por qué eran las cosas de este modo? ¿Qué había en mi cuerpo que permitiera predecir toda mi vida?” (p.24) Le resultaba “inexplicable la paradójica situación que exigía que las mujeres sometidas, las mujeres violadas y asesinadas amasen y dedicasen su vida a sus opresores los hombres. No tenía salida, pero tenía que encontrar una: de otro modo no podría vivir” (*ibid*). La fuerza que le permitió sobrevivir fueron los libros “guías en la travesía del desierto del fanatismo de la diferencia sexual, libros⁴ ... que se alzaron contra los relatos psicoanalíticos, médicos y legales en los que desafiar al binarismo era entrar en la psicosis” (p. 25). Afirma que “Gracias a esos libros heréticos conseguí sobrevivir y, lo que era aun mas importante, conseguí imaginar una salida” (p. 27). Menciona que no era, ni se sentía capaz de ser dentro del régimen binario patriarcal ni la bella ni la víctima, “*dejé de ser una mujer*”⁵. Se pregunta también “¿Por qué no podía ser el abandono de la feminidad una de las estrategias fundamentales del feminismo?” (*ibid*). Por otra parte, sostiene que tampoco “quería convertirme en un hombre como los otros hombres, su violencia y arrogancia política no me seducían ... Buscaba únicamente una salida: adonde fuera ... Así es como empecé a inyectarme testosterona, rodeado de un grupo de otras que como yo, buscaban una escapatoria ... yo no quería ser hombre; yo buscaba una salida ... salir de un régimen de la diferencia sexual, lo que no significa convertirse inmediatamente en libre” (p.28).

Para Paul B. Preciado, *la libertad* es uno de los ejes principales de su transición, destaca que no te la da ninguna persona, “se fabrica” (p.30). Y que al inyectarse testosterona “fue como gradualmente abandoné el marco de la diferencia sexual⁶ (*ibid*). Señala que “Así fue como ... acepté el yugo de identificarme como transexual y por tanto acepté que mi subjetividad, mi psique, mi cuerpo fueran considerados, según el saber que ustedes profesan y defienden como patológicos” (p.31). Hace notar que ha encontrado “en esta condición de aparente sometimiento, más libertad de la que tenía como

4 Entre ellos “*El cuerpo lesbiano* de Monique Wittig (1977 versión en español); Safo y Sócrates de Magnus Hirschfeld, el *Rapport contre la normalité* del Frente Homosexual de Acción Revolucionaria; *El deseo homosexual* de Guy Hocquenghem; *The female man* de Joanna Russ; *Body alchemy* de Loren Cameron; *En mi cuarto* de Guillaume Dustan; los diarios de Lou Sullivan, los artículos de crítica de la narración científica de Londa Schiebinger, Donna Haraway, y Anne Fausto Sterling; los textos teóricos de Gayle Rubin, Judith Butler, Jack Halberstam, Sandy Stone y Karen Barad” (pp.26-27).

5 Cursivas del autor.

6 “Del LaGrace Volcano dice que ser trans es ser intersexual de diseño (citado p. 31).

supuesta mujer libre en la sociedad tecnopatriarcal de principios del siglo XXI, si por libertad entendemos salir, vislumbrar un horizonte, construir un proyecto, tener la posibilidad de, aunque solo sea por breves momentos, experimentar la comunidad radical de todo lo vivo, de toda la energía, de toda la materia, más allá de las taxonomías jerárquicas que la historia de la humanidad ha inventado” (pp.32-33).

Cabe enfatizar que el túnel de salida de Preciado, fue dar la “vuelta a muchas universidades, aprendí el lenguaje de los filósofos, de los psicoanalistas, de los sociólogos, de los médicos y de los historiadores, de los arquitectos y de los biólogos ... Pude acceder, junto a los saberes normativos, a numerosas formas de conocimiento subalternas que recogían las experiencias de resistencia, de lucha y de transformación de aquellos que históricamente habían sido objeto de exterminación, violencia y control” (pp. 33-34). Considera que obtener un doctorado en la Universidad de Princeton, “le simplificó el camino, que para la mayoría de los transexuales es un calvario, para conseguir nuevos documentos de identidad en una sociedad binaria” (p.34). Se dio cuenta que frente a una transexualidad domesticada que conlleva al anonimato y a una nueva jaula de una masculinidad normal, escogió el camino de la escritura política. En sus palabras “hice de mi cuerpo y de mi mente, de mi supuesta monstruosidad, de mi deseo y de mi transición un espectáculo público: allí estaba de nuevo la salida.... Siempre asumiendo que no se trataba de *elegir* la libertad, sino de *fabricarla*”⁷ (p.35).

Gracias a las inyecciones de la testosterona, poco a poco fue aprendiendo a hablar y a caminar como un hombre más, entre los otros hombres. Señala “nada me resultó tan difícil como acostumbrarme al hedor y la suciedad del baño de los hombres ... Me di cuenta ... los hombres iban allí para olvidarse de su heterosexualidad por un momento y afirmar un escondido goce de estar solos” (p.37). En este aprendizaje nos dice “nada fue tan importante como entender que, como supuestamente hombre y supuestamente blanco en un mundo patriarco-colonial, podía acceder por primera vez al privilegio de la universalidad ...Había sido mujer, había sido lesbiana, había sido migrante. Conocía la alteridad, pero no la universalidad” (p.38).

Otro de los ejes principales que menciona Preciado es con respecto de la *identidad*, señala que “nadie tiene identidad. Todos ocupamos un lugar distinto en una red compleja de relaciones de poder. Estar marcado con una identidad significa simplemente no tener el poder de nombrar como universal

7 *Cursivas del autor.*

tu propia posición identitaria” (p.39). Afirma que “no hay universalidad alguna en los relatos psicoanalíticos” (*ib*) que proferimos. Hace notar que las fábulas mítico-psicológicas de Freud y Lacan, “no son sino historias locales, relatos de la mente patriarco-colonial europea, narraciones que permiten legitimar la posición aun soberana del padre blanco sobre cualquier otro cuerpo. El psicoanálisis es un etnocentrismo que se ignora” (pp.39-40). Continúa señalando “como el psicoanálisis y la psicología normativa dan sentido a los procesos de subjetivación dentro del régimen de la diferencia sexual, de género binario y heterosexual, toda sexualidad no heterosexual, todo proceso de transición de género no binaria desata una proliferación de diagnósticos. Una de las estrategias fundamentales de este discurso psicoanalítico patologizante es detectar en el desarrollo prenatal o en la infancia del “transexual”, o de la persona de género no binario los signos de la enfermedad, buscar el trauma que desata la inversión, la transición o la deriva” (p.40), o también en los deseos ocultos de los padres.

Menciona que “no existía en mi infancia un deseo de ser “hombre” que legitime o justifique mi actual metamorfosis ... Me di a mí mismo dos leyes ... La primera ley que di por válida durante todo el proceso de transición fue abolir el terror a no ser normal que había sido sembrado en mi corazón infantil ... La segunda ley ... fue negarme a mí mismo toda simplificación. Dejar de suponer y empezar a experimentar” (pp.41-42). Afirma Preciado “mi vida fuera del régimen de la diferencia sexual es más hermosa que cualquier cosa que ustedes y su psicología hubieran podido prometerme como recompensa por la aceptación de la norma” (p.43). Afirma también “los recuerdos de mi vida pasada como mujer no solo no se han borrado sino que permanecen vivos en mi mente, de manera que, contra lo que la medicina o psiquiatría preconizan, no he dejado de ser completamente Beatriz para convertirme solo en Paul ... Las huellas que la vida pasada dejó en mi memoria se han hecho cada vez más complejas y singulares” (pp.43-44). Enfatiza que así como Freud consideró que “el aparato psíquico excedía la conciencia, hoy es necesario articular una nueva noción de aparato somático para dar cabida a las modalidades tanto históricas como externalizadas del cuerpo, aquellas que existen mediadas por las tecnologías digitales, farmacológicas, bioquímicas o prostéticas. La somateca está mutando” (pp. 44-45).

Respecto de la *transición de género*, un tercer eje fundamental de su historia es como la concibe. En sus palabras: “hacer una transición de género es inventar un agenciamiento maquínico con la hormona, o con algún otro código vivo... es establecer una comunicación transversal con

la hormona, hasta que esta borre o mejor eclipse eso que ustedes llaman el fenotipo femenino y permita despertar otra genealogía. Ese despertar es una revolución ... Es un proceso de descolonización” (p.45). Señala también que “en el discurso médico y psicológico dominante, el cuerpo trans es una colonia ... Una frontera cuya extensión y forma se perpetúan por medio de la violencia. Un lugar de control y muerte” (pp.45-46). “Cada día ... un cuerpo trans es asesinado ... El migrante ha perdido el Estado-nación. El refugiado ha perdido su hogar. La persona trans pierde el cuerpo. Todos ellos cruzan la frontera. La frontera los constituye. Los corta y los destituye. Los atraviesa y los revienta. Viven en el cruce” (p.46).

Asimismo, el cuerpo trans “es una potencia de vida” (p.47). “Una colonia sobre la que se asientan las instituciones disciplinarias, los medios de comunicación, la industria fármaco-pornográfica, el mercado ...” (p.48). “Ser trans es aceptar la irrupción triunfal de otro futuro en todas las células de mi cuerpo. Hacer una transición es entender que los códigos de la masculinidad y la feminidad que conocemos en nuestras sociedades modernas son anecdóticos en comparación con la infinita variación de las modalidades de existencias de la vida” (p.49). Estas frases me hacen pensar en las técnicas de fertilización asistida, el universo que se abrió con la posibilidad de congelar óvulos y espermatozoides, concebir embriones que permiten que hermanos concebidos al mismo tiempo, puedan nacer con diferencia de años. Preciado considera que el “mimetismo es un mal concepto para pensar la transición de género porque aun depende de la lógica binaria... La persona transexual no imita nada” (*ibid*).

Menciona el autor, que la transición de género “cuando es aceptada como un proceso de tecno-chamanismo activado por la presencia del lenguaje y de la testosterona, la experiencia trans desata un torbellino de códigos políticos y culturales vivos que no reconocen la diferencia entre ayer y hoy, femenino y masculino, vivo y muerto” (p.50). En su caso, relata que fue “el deseo de vivir⁸, la fuerza con la que el deseo de cambiar se manifestó y se manifiesta hoy en mí. Lejos de ser individuales, las observaciones sobre mi cuerpo y mis vicisitudes personales describen modos políticos de normalizar o de deconstruir el género, el sexo y la sexualidad, y por ello pueden ser de interés para la constitución de un saber disidente frente a los lenguajes hegemónicos de la psicología, el psicoanálisis y la neurociencia”

8 Patricia Gherovici (2017) concibe las transiciones de género como un problema de vida o muerte.

(p.51). Por otra parte, considera que este proceso de transición de género es reversible, bastaría dejar la administración de la testosterona. “La supuesta unidireccional de este viaje es una de las mentiras normativas del relato psiquiátrico y psicoanalítico” (p.53). Me pregunto, y ¿cuándo ha ocurrido alguna intervención quirúrgica? Continúa señalando que las “feminidades o sus masculinidades asumidas y defendidas no son menos artificiales que la mía” (p.54). Afirma que “salir y vivir fuera de este régimen epistémico y político es todavía hoy terriblemente difícil: en este proceso de transición, no he logrado lo que me había propuesto. No es fácil inventar una nueva lengua, acuñar todos los términos de una nueva gramática”⁹ (p.55). Preciado hace énfasis en transmitir en su discurso a los psicoanalistas tres ideas:

“En primer lugar ... que el régimen de la diferencia sexual con el que trabaja el psicoanálisis, no es ni una naturaleza, ni un orden simbólico, sino una epistemología política del cuerpo, y que como tal, es histórica y cambiante. En segundo lugar ... esa epistemología binaria y jerarquizante entró en crisis al menos a partir de los años cuarenta del pasado siglo, no solo por la contestación de los movimientos políticos de minorías disidentes, sino también por la aparición de nuevos datos científicos, revelados por los análisis de la morfología, de la carta cromosómica y endocrinológica que hacen imposible la asignación binaria. En tercer lugar ... como consecuencia de estos cambios, la epistemología de la diferencia sexual está mutando y va a dejar paso, probablemente en los próximos diez o veinte años, a una nueva epistemología. Los movimientos transfeministas y *queer* de denuncia de la violencia, pero también las nuevas prácticas de filiación, de relación, de identificación, de deseo, de sexualidad, de nominación, son índices de esta mutación” (pp.57-58).

Primer punto

Afirma el autor que el “régimen de la diferencia sexual que consideran universal y constituyente, sobre el que reposa y se articula toda la teoría psicoanalítica, no es una realidad empírica, ni un orden simbólico que subyace a la estructura del inconsciente. Es solo una epistemología del ser vivo Una epistemología históricamente situada que se forja junto con la taxonomía racial en el momento de expansión mercantil y colonial de Europa y que cristaliza durante la segunda mitad del siglo XIX” (p.59).

Entiende por epistemología “un sistema histórico de representación, a un conjunto de discursos, de instituciones, de convenciones y de

9 Cabe hacer notar que es otra la experiencia de Miquel Missé (2018).

acuerdos culturales (ya sean simbólicos, religiosos, científicos, técnicos o comerciales) que permiten decidir a una sociedad determinada aquello que es verdadero y distinguirlo de lo falso” (p.60). “Una epistemología determina un orden de lo visible y lo invisible, por tanto una ontología y un orden de lo político ... Determina un modo específico de experimentar la realidad a través del lenguaje, un conjunto de instituciones que regulan los rituales de la producción y de la reproducción social” (*ibid*). Lo ejemplifica con lo que ocurre con “los desplazamientos de paradigmas científicos estudiados por el historiador de la ciencia Thomas Kuhn, cuyas investigaciones han prolongado después Ian Hacking, Donna Haraway y Bruno Latour” (*ibid*). Un paradigma es según Latour “la práctica, el *modus operandi* que permite que surjan nuevos hechos. Es más como un camino que conduce a un sitio experimental que un filtro que colorea los datos para siempre” (p.61). Kuhn por su parte, “afirma que los paradigmas son universos de discursos en los que reina una cierta coherencia, una cierta paz, un cierto acuerdo” (p.62), con la flexibilidad suficiente para aceptar la resolución de algunos problemas, por lo que se puede considerar que “la epistemología de la diferencia sexual es un paradigma cultural y científico-técnico-histórico, que no siempre ha existido, que está sujeto a críticas y cambios” (pp.62-63).

Señala Preciado que “antes del siglo XVII, el cuerpo y la subjetividad femeninas no eran reconocidos como sujeto político, no existían ni anatómica ni políticamente como subjetividades plenas. Una vagina era un pene invertido ... No había mujeres. Había madres. En el régimen patriarcal anterior al siglo XVIII, solo el cuerpo masculino y su sexualidad eran reconocidos como soberanos. El cuerpo y sexualidad femenina eran subalternos, dependientes, minoritarios”(p.63). Sin embargo, durante los siglos XVIII y XIX, emergen nuevas técnicas médicas y visuales que permiten que surja una “estética de la diferencia sexual” según Thomas Laqueur que opone la anatomía del pene y de la vagina, de los ovarios y de los testículos. De acuerdo con Preciado se instala una nueva epistemología binaria en los tratados biológicos de Linneo, en las teorías genéticas de Herman Henking (quién descubre el cromosoma X en 1891), y en los tratados obstétricos de Alfred Velpeau, Charles Clay y la ginecología eugénica y colonial de J. Mariom Sims¹⁰ (p. 64).

10 “J. Marion Sims compraba esclavas africanas con las que practica sus experimentos ginecológicos, incluyendo la vivisección y la esterilización” (cita de Preciado, p. 64).

Para Thomas Laqueur el cambio drástico de un paradigma monosexual a un paradigma de la diferencia sexual en la modernidad en el siglo XVIII, coincidió con una serie de procesos de emancipación política del cuerpo femenino (citado por Preciado, p. 65). Por su parte la historiadora Helen King difiere, señala que el modelo monosexual no dominó completamente la epistemología anatómica-política en la Antigüedad y el Renacimiento (*ibid*). Destaca Paul Preciado que a pesar de las diferencias metodológicas, la mayoría de los historiadores coinciden que a finales de este siglo, “la invención de la estética de la diferencia sexual¹¹ sirvió para apuntalar la ontología política del patriarcado al establecer diferencias “naturales” entre hombres y mujeres basadas en rasgos anatómicos y capacidades reproductivas” (pp. 65-66), lo que fue un grave error, en lugar de un único cuerpo humano vivo, coincidiendo con Michelle M. Sauer.

Señala el autor que el psicoanálisis freudiano fue inventado a finales del siglo XIX, y que justo cuando se consolidan las principales nociones de la epistemología de la diferencia sexual y racial, aparecen las nociones de heterosexualidad y homosexualidad entendidas respectivamente como normalidad y patología. Preciado considera que el “psicoanálisis ... es la ciencia del inconsciente patriarco-colonial” (p. 66). Asimismo que, “la noción de la diferencia sexual no es exterior al psicoanálisis: es la condición interna e inmanente de toda la teoría psicoanalítica de la sexualidad” (p.67), en la que los conceptos de actividad, pasividad, organización de la libido, envidia del pene, complejo de castración y un largo etcétera, no tienen significado alguno fuera de una epistemología de la diferencia sexual. Hace notar Preciado que con la invención del inconsciente, y la cura a través de la palabra, el psicoanálisis “consigue lo que ninguna otra institución del régimen de la diferencia sexual había podido hacer: elaborar un lenguaje sobre la sexualidad, inocular un sentimiento de identidad, dar una explicación patriarco-colonial a los sueños, formar poco a poco un núcleo de identificación basado en la autoficción y regulado por relatos normativos” (p.68). Este párrafo podría interpretarse de otra manera, en virtud de que el psicoanálisis facilita la comunicación de inconsciente a inconsciente, aprender un nuevo lenguaje, una nueva manera de estar el mundo, adquirir la identidad de sujeto, al mismo tiempo que resignifica nuestra historia de vida y la transforma.

11 Recomiendo ampliamente el libro de Glocer Fiorini (2015) sobre la diferencia sexual.

Por su parte, Preciado enfatiza que contrariamente a lo que piensa el psicoanálisis, no cree “que la heterosexualidad sea una práctica sexual o una identidad sexual, sino como Monique Wittig explica, un régimen político que reduce la totalidad del cuerpo humano vivo y de su energía psíquica a su potencial reproductivo” (p.70). Asimismo, que

“el psicoanálisis freudiano ha puesto la normalización de la feminidad y la masculinidad heterosexual, y el deseo y la autoridad del padre, en el centro de la narrativa clínica. Es urgente llevar a cabo una relectura feminista y *queer* del complejo de Edipo ... Al atribuir a Edipo un supuesto deseo incestuoso, Freud y sus seguidores han contribuido a la estabilidad de la dominación masculina, culpando a la víctima de la violación y transformando en una ley psíquica, el ritual social de violación y abuso infantil que subyace en la cultura patriarco-colonial” (pp.70-71).

Preciado señala que él ha sido “psicoanalizado durante diecisiete años por diversos analistas, freudianos, kleinianos, lacanianos, guattarianos... Todo lo que les digo, se los digo no como un *outsider*, sino como un cuerpo del psicoanálisis, como un monstruo del diván” (p.72). Asimismo que el éxito o fracaso de sus tratamientos no se debió a la lealtad a Freud, Klein o Lacan sino, por el contrario a su infidelidad, o en otras palabras a su creatividad, a su capacidad para salir de sus jaulas. Sus psicoanalistas pudieron “escuchar a una persona trans sin anteponer el diagnóstico, la crítica o la reforma” (p.72), a lo que agregó que sería deseable que en todos los casos fuese así. El esfuerzo de Preciado está orientado a denunciar “la fidelidad al psicoanálisis, elaborado durante el siglo XX, al paradigma de la diferencia sexual y a la razón colonial dominante en Occidente” (pp.73-74).

Segundo punto

Destaca Preciado que esta epistemología de la diferencia sexual entró en crisis después de la Segunda Guerra Mundial y que “a partir de los años cuarenta, con nuevas técnicas cromosómicas, endocrinológicas y con la extensión de la medicalización del parto, aparecen cada vez más bebés “intersexuales” antes llamados hermafroditas. Frente a estos bebés John Money ... decide inventar una nueva taxonomía. Deja de lado la noción moderna de sexo como realidad anatómica e inventa la noción de género para hablar de la posibilidad de producir técnicamente la diferencia sexual. Las nociones de intersexualidad y de transexualidad aparecen también entre 1947 y 1960” (p.76) .

En su recorrido histórico, menciona al pediatra suizo Andrea Prader quién en 1966 “inventa e introduce en la práctica del diagnóstico de género “el esquema de la orquídea”, también llamado orquidómetro o rosario endocrinológico: una paleta de veinticinco bolas de distintas tallas que sirven, según Prader, para medir el grado de virilización (normal o patológico) de los testículos de los niños prepúberes” (pp.76-77). A partir de 1950 la medicina y la psiquiatría perciben la existencia de una multiplicidad de cuerpos y de posiciones sexuales más allá del binario. Y en lugar de introducir cambios en la epistemología de la diferencia sexual, deciden cambiar los cuerpos, normalizar la sexualidad y rectificar las identificaciones.

Plantea la hipótesis de que Lacan en los años cuarenta, con la lingüística incluida, al igual que Money intenta desnaturalizar la diferencia sexual –pero acaba igual que éste, “produciendo un metasistema que es casi más rígido que la noción de diferencia anatómica sexual... El psicoanálisis tanto freudiano como lacaniano, contribuirá después ampliamente a la normalización de los bebés intersexuales y la patologización de la transexualidad” (p. 78). Señala el autor que “las prácticas de observación, objetivación, castigo, exclusión y muerte a las que se libra el psicoanálisis y la psiquiatría cuando trabaja con personas disidentes del régimen de la diferencia sexual y del heteropatriarcado colonial ... son quizás menos espectaculares que las de un zoo o las del circo, pero no son por ello ni menos violentas ni menos eficaces” (p.79). Añade que “muchos de mis ancestros murieron y mueren todavía hoy asesinadas, asesinados, asesinades, violades, apaleades, encerrades, medicalizadas ... o vivieron o viven su diferencia en secreto” (p.80).

Destaca que el abuso terminológico al que dará lugar la palabra transexual¹² inicia a principio de los cincuenta con “David Oliver Cauldwell, Harry Benjamin y Robert Stoller” (pp.80-81). Sin embargo, el epistemicidio (Grosfoguel) comenzó mucho antes, hacia el final del siglo XIX “con las teorías médicas de Karl F.O. Westphal según las cuales ciertos sujetos sufrían de lo que él llamaba “un instinto sexual contrario” (p.81). No existía para este autor la diferencia entre homosexualidad y transexualidad. “El problema era, para Westphal la inversión, la obstinación de ciertos sujetos en apropiarse de prácticas del otro sexo” (*ibid*). Enfatiza que el “psicopatólogo alemán Krafft-Ebbing categorizó una esfera de inversión sexual en la que aquellos que deseaban vivir como yo vivo hoy fueron considerados como

12 Recomiendo ampliamente el artículo de Sodely Páez (2016) al respecto.

hermafroditas psicosexuales o paranoicos aquejados de metamorfosis sexual antes incluso de que el término transexual fuera acuñado. Después en los años cincuenta Cauldwell utilizó por primera vez el término psicópata transexual para caracterizar a un individuo enfermo que determina vivir y presentarse como miembro del sexo al que no pertenece” (p.82).

El autor hace notar que si bien desde los años treinta se habían llevado ya las primeras operaciones de cambio de sexo, Cauldwell se opone a toda transformación del cuerpo. Al mismo tiempo “John Money bajo los auspicios de Lawson Wilkins fundador de la pediatría endocrinológica acuña la noción de género y considera a los transexuales como enfermos de la identidad de género puesto que manifiestan un obstinado deseo de vivir como los del sexo opuesto” (pp. 82- 83). Por su parte, Norman Fisk en 1973, introduce el término disforia de género, que se impone como caracterización patológica de la transexualidad en los DSM. Dice Preciado, “Obsesionados con la jerarquía entre lo normal y lo patológico y con la diferencia entre realidad anatómica y práctica de género Harry Benjamin, Robert Stoller y Norman Fisk sentarán las bases de las absurdas taxonomías que aún sirven para caracterizarnos: la diferencia entre el travestismo, considerado solo como un deseo de hacerse pasar por el otro sexo a través del vestido, y la verdadera transexualidad como metamorfosis corporal, que implica para Stoller un conjunto de operaciones hormonales y quirúrgicas” (p.83). Continúa el autor con el recorrido histórico, y señala que el sexólogo estadounidense Ray Blanchard en 1987 registra una tipología en el DSM que permita diferenciar a las travestis y a las mujeres trans, así como distinguir varios grados de patología. La idea de que una persona trans debe ser heterosexual, y la pregunta si una persona trans está operada o no proceden de ese marco psicopatológico. Preciado, señala que el está operado “me he extirpado con mucho cuidado y largas sesiones políticas, prácticas y teóricas el dispositivo epistémico que diagnostica mi cuerpo y mis prácticas como patológicas. Y ustedes ¿están operados?” (p. 84).

Afirma que la politización de los movimientos trans desde los setenta y en las últimas décadas “ha conseguido que se modifique la noción de disforia de género por la de trastorno de la identidad de género Es toda una epistemología lo que tendrá que cambiar ... Para Lacan y muchos y muchas de los psicoanalistas lacanianos los transexuales son psicóticos víctimas de un error: confunden el órgano con el significante ... Evidentemente los trans somos idiotas: no vemos la diferencia entre la castración simbólica y la real” (p. 85). Se pregunta, si al asignar un género al momento del

nacimiento, la epistemología de la diferencia sexual no sufre también de un error del significante. Asimismo, que pasaría “si ¿las diferencias genitales no fueran el criterio de aceptación de un cuerpo humano en una colectividad social y política? Esos son la complejidad y el desafío de la experiencia trans” (p.86).

Preciado destaca los puntos de vista de la psicoanalista Catherine Millot quién publicó *Exsexo Un ensayo sobre el transexualismo* (1983) “en el que consideraba que todo proceso de transición de género era un intento desesperado y psicótico de ir más allá de los límites de la diferencia sexual ... El hombre que sueña con ser una mujer transexual debe confrontarse ... con el drama de la verdadera castración. Y la castración de nuestras libertades no se detiene” (p.87). El autor cita también a Janine Chasseguet- Smirgel y su texto *El cuerpo como espejo del mundo...* (2003) en el cual postula que “la obsesión de los transexuales por cambiar su apariencia corporal resulta de la falta de resolución del complejo de Edipo y de la perversa propensión a la regresión sexual a un estado pregenital” (p.87). Al igual que a Colette Chiland quién “afirma que, confrontados con la imposibilidad de superar el binarismo sexual, los transexuales presentan una condición límite que los lleva a caer en una patología próxima al delirio narcisista” (p.88). Chiland¹³ “considera las intervenciones quirúrgicas de reasignación sexual como intervenciones de automutilación, locuras privadas que se convierten en locuras colectivas cuando son aceptadas por los médicos” (*ibid*). Para ella, el paciente transexual es un problema irresoluble que convierte el trabajo psicoanalítico en un trabajo imposible. Asimismo, los pacientes transexuales no se prestan a la transferencia analítica porque no pueden sentir la angustia de castración, ni tampoco empatizar con el analista. Según Chiland es el psicoanalista que trata a un transexual, quién sufre los efectos de la transferencia. “Sufre en su propio cuerpo la angustia de castración cuando oye a su paciente hablar de su deseo de deshacerse del pene; mientras que la analista mujer oirá con horror el deseo de un hombre trans ... de deshacerse de sus pechos, puesto que ese deseo negará ... su propia vivencia material y erótica del seno. En definitiva, la vivencia corporal, erótica y sexual de la persona trans genera una angustia irreprimible en el analista” (p. 89).

De acuerdo con Preciado, para Lacan y sus seguidores (Marcel Czermak y Henry Frignet), el binarismo sexual es un hecho simbólico y una estética

13 Siguiendo los trabajos de Andre Green (1999).

del cuerpo evidente e innegable; es posible deshacerse del órgano, pero no de la epistemología patriarcal-colonial de la diferencia sexual, lo que comprueba la fuerza de un paradigma según Bruno Latour (citado p.90).

Tercer punto

El autor sostiene que “a partir de finales de los setenta ..., la epistemología de la diferencia sexual y la taxonomía colonial del racismo entran en un proceso de cuestionamiento y mutación imparable” (p.91). Por su parte, los pacientes considerados intersexuales crean en 1993, la Sociedad Intersex de Norteamérica (INSA) con el propósito de hacer visible su lucha contra la medicalización y modificación quirúrgica de su cuerpo sin su consentimiento. En ese mismo año, Anne Fausto-Sterling “defiende el paso de una epistemología binaria a una al menos de cinco sexos, para respetar la integridad de las variaciones morfológicas y genéticas de los distintos bebés” (p.92). Preciado subraya que a partir de 2010, la Organización Mundial de la Salud “matiza sus posiciones sobre la existencia de una variación en la realidad morfológica, anatómica y cromosómica de los cuerpos humanos que va más allá del binarismo sexual y de género ... Afirma ... que el género típicamente descrito como masculino y femenino es una construcción social que varía según las culturas y las épocas” (p.93). Asimismo, que diferentes culturas que utilizan taxonomías sexuales y de género no binarias, más fluidas y complejas; es así que la OMS abre sus puertas hacia una revisión más profunda de la diferencia sexual.

Especifica que “sabemos que uno de cada entre mil y mil quinientos bebés que nacen ... es identificado como intersexual y no puede ser reconocido según una asignación binaria. Durante los últimos veinte años, los niños que fueron operados o medicalizados como intersexuales, se han organizado para pedir el fin de las operaciones de mutilación genital. Distintos estados de Estados Unidos, pero también Argentina o Australia, reconocen el género no binario como posibilidad política” (p.94). Comenta que Holanda ha eliminado las inscripciones “!masculino y femenino” de los documentos de identidad y que existe una nueva diferenciación entre la personas cis y las personas trans. Señala que “la transición de género y la afirmación de un género no binario no solo ponen en crisis las nociones normativas de masculinidad y feminidad, sino también las categorías de heterosexualidad y homosexualidad. Por otra parte, la definición de la heterosexualidad como única sexualidad reproductiva normal, y las caracterizaciones patriarcales

de la maternidad y la paternidad resultan cada vez más anacrónicas frente a la multiplicidad de técnicas de gestión de la reproducción” (p.95).

Nos encontramos así que “el paradigma de la diferencia sexual está mutando imparablemente” (p.96) y que estamos abandonando el régimen de “capitalismo mundial integrado” en palabras de Felix Guattar (citado p.97). “La velocidad de los cambios técnicos y la urgencia de la toma de decisiones políticas con respecto a la destrucción del ecosistema y de la sexta extinción nos sitúan en una temporalidad de cambio mucho más rápida, quizás inminente” (pp. 97-98). Y lamentablemente, “frente a la crisis epistémica se activan, desde los ámbitos más conservadores, procesos de reforma y secuestro cognitivo, de re-naturalización política y de regresión discursiva” (p.98). El autor hace notar que un “cambio de paradigma podría marcar el paso de la diferencia sexual ... a un número indeterminado de diferencias, cuerpos y deseos no identificables e inidentificables. No se trata de un llamamiento a neutralizar las diferencias, a volver a un monismo premoderno ... ni a una sexualidad homogénea ni unitaria ... Se trata más bien de una proliferación de prácticas y formas de vida, una multiplicación de deseos” (p. 99).

Preciado habla de una nueva epistemología para referirse “a un proceso de ampliación radical del horizonte democrático que sea capaz de reconocer como sujeto político a todo cuerpo humano vivo sin hacer de la asignación sexual o de la diferencia racial la condición de posibilidad de ese reconocimiento social y político” (p.100). Y que en este contexto de transición epistémica, los psicoanalistas tenemos una enorme responsabilidad y un desafío. Nos toca situarnos “del lado de los discursos patriarco-coloniales y reafirmar la universalidad de la diferencia sexual y de la reproducción heterosexual, o bien entrar con los monstruos y los mutantes de este mundo, en un proceso de crítica y de invención de una nueva epistemología que permita redistribuir la soberanía y reconocer otras formas de subjetividad de género y sexual como políticamente soberanas” (pp.100-101). Destaca que “hoy los cuerpos antes excluidos ... producen conocimientos sobre sí mismos. Los movimientos #MeToo, #NiUnaMenos, *Black Lives Matter*, los Movimientos de Vida Independiente, indígenas y migrantes... están introduciendo cambios decisivos que hacen que sea imposible seguir legitimando como natural y necesaria la violencia sexual y política estructural contra los animales, las mujeres, los niños, las minorías sexuales y los cuerpos racializados” (p.101).

Enfatiza que el psicoanálisis se enfrenta “a una elección histórica sin precedentes: o continúa trabajando con la antigua epistemología de la diferencia sexual y valida de ese modo el régimen patriarco-colonial que la sustenta, haciéndose por tanto responsable de la violencia que éste produce, o bien, se abre a un proceso de crítica política de sus lenguajes y de sus prácticas” (p.104). Asimismo, que “el psicoanálisis necesita entrar en un *feedback* crítico con las tradiciones de resistencia política transfeminista si quiere dejar de ser una tecnología de normalización heteropatriarcal y de legitimación de la violencia necropolítica, y convertirse en una tecnología de invención de subjetividades disidentes frente a la norma” (*ibid*). Preciado hace “una llamada a la mutación del psicoanálisis, a la aparición de un análisis mutante, a la altura del desafío histórico y del cambio de paradigma que estamos experimentando. Quizás solo ese proceso de transformación por terrible y desmantelador que pueda parecerles, merece ser llamado hoy de nuevo psicoanálisis” (p.105).

Referencias bibliográficas

- GHEROVICI, P. (2017). *Psicoanálisis transgénero*. Trad. Bárbara Marengo, México: Paradiso Editores / Universidad Iberoamericana, 2022.
- GLOCER FIORINI, L. (2015). *La diferencia sexual en debate. Cuerpos, deseos y ficciones*. Buenos Aires: Lugar Editorial.
- MISSÉ, M. (2018). *A la conquista del cuerpo equivocado*. Barcelona: Editorial Egales, 7° ed. 2021.
- PAEZ, S. (2016). El transgénero a lo largo de la historia. *Revista de la Sociedad Argentina de Psicoanálisis*, 20: 146-156.
- PRECIADO, P.B. (2000). *Manifiesto contrasexual*. Barcelona: Anagrama, 2° edición corregida y revisada 2020.
- PRECIADO, P. B. (2008). *Texto yonqui. Sexo, drogas y biopolítica*. Barcelona: Anagrama, 1° edición 2020.
- PRECIADO, P. B. (2010). *Pornotopía. Arquitectura y sexualidad en “Playboy” durante la guerra fría*. Barcelona: Anagrama, 2° edición 2020.
- PRECIADO, B. (2019a). *Un apartamento en Urano. Crónicas del cruce*. Barcelona: Anagrama.